

UN UNIVERSITARIO EJEMPLAR HA MUERTO. EL DOCTOR IGNACIO CHÁVEZ

El doce de julio de 1979, a la edad de 82 años falleció el eminente cardiólogo señor doctor Ignacio Chávez.

La noticia de su deceso ocurrido en el Instituto de Cardiología que fue planeado, fundado y dirigido por ese insigne universitario; circuló con vertiginosa velocidad no sólo en los círculos universitarios y medios científicos locales, sino que se esparció por todo el mundo; ya que el admirado ex-Rector de nuestra *Alma Mater* era no únicamente un valor autóctono, sino un científico cuyo reconocimiento traspasó desde hace muchos años las fronteras nacionales.

Ignacio Chávez Sánchez nació el 31 de enero de 1897 en Zirándaro en aquella época perteneciente al Estado de Michoacán, y hoy al Estado de Guerrero.

Hizo sus estudios preparatorios en Morelia de 1908 a 1913, en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo de 1914 a 1915. Inició sus estudios de medicina en la escuela de esta especialidad en Morelia y se graduó de médico cirujano en la Facultad de Medicina de la ciudad de México el 4 de mayo de 1920. En 1932, obtuvo el doctorado en Ciencias Biológicas también en la ciudad de México.

Fue profesor de varias especialidades en diferentes universidades del país y su labor docente culminó al desempeñar el cargo de Director de la Escuela de Medicina de la UNAM, de 1933 a 1934, y, posteriormente el de Rector de la Máxima Casa de Estudios de 1961 a 1965.

Una de las principales aportaciones del doctor Chávez a la salud de la humanidad fue la fundación en México, en 1944, del Instituto Nacional de Cardiología. Conservó la dirección de dicho instituto hasta 1961, cuando fue nombrado director honorario vitalicio de la institución.

Previamente el doctor Chávez había sido Director del Hospital General de México y miembro destacado de la Junta de Gobierno de la UNAM. Luego fue dirigente de la Organización Mundial de la Salud

y Presidente del Consejo Superior de Salubridad de la República Mexicana.

Hasta el momento de su muerte, el doctor Chávez era miembro activo de los consejos de redacción de las más importantes publicaciones médicas y científicas del mundo.

Fundador de la Sociedad Mexicana de Cardiología en 1935, el doctor Chávez fue miembro correspondiente de las sociedades de esa especialidad en Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, Francia, España, Cuba, Brasil, Perú, Argentina, Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela, Grecia, Ecuador y Panamá.

Fue vice Presidente de la Academia Nacional de Medicina de 1932 a 1933 y Presidente de la misma institución de 1933 a 1934, así como colaborador de las Academias de Estados Unidos, Francia, Italia, Polonia, Argentina, Cuba, Colombia, Perú, y Panamá. Fue, además miembro honorario del Ateneo de Ciencia y Arte de México, del Ateneo Ramón y Cajal, de España, y miembro extranjero de la Academia de Ciencia de Polonia.

El doctor Chávez escribió doce textos sobre cardiología, que a la fecha siguen utilizándose para el estudio de la especialidad en la mayoría de las facultades del mundo. Además publicó alrededor de 400 artículos sobre el tema en numerosas revistas del mundo.

Espíritu luminoso e inquieto, Chávez abordó también, en incontables oportunidades, tópicos literarios de situaciones económicas, sociales, filosóficas y humanísticas.

Doctor *honoris causa* de más de 20 universidades de primer nivel en todo el mundo, sus fundamentales aportaciones al alivio del dolor y la enfermedad le fueron reconocidas con más 30 condecoraciones. ("Excel-sior", edición del viernes 13 de julio de 1979, 1a. sección pp. 1-A y 11-A).

La "Gaceta de la UNAM", órgano informativo de nuestra Máxima Casa de Estudios en su edición de 16 de julio de 1979, pp. 1 al 16 del Suplemento, ofreció esta *Semblanza histórica del doctor Ignacio Chávez*.

Fue profesor, profesor emérito y Director de la Facultad de Medicina; doctor Honoris Causa y Rector de la UNAM.

Su labor constituye un inapreciable legado para las nuevas generaciones.

Es considerado como uno de los científicos de mayor renombre internacional.

El eminente médico cirujano y doctor en ciencias biológicas Ignacio Chávez falleció el día 12 de julio del presente año, en el Instituto Nacional de Cardiología, de donde era director honorario vitalicio.

Su fecunda labor en pro de la medicina, la cual constituye un preciado legado para el estudiante universitario y para el pueblo en general, son motivo suficiente para rendirle un homenaje póstumo, a través de la publicación de algunos de sus aportes en el ámbito de la medicina, así como

de su sentir filosófico de la forma en que la ciencia debe ser puesta al servicio de la humanidad.

A continuación se presenta una breve semblanza del doctor Chávez, en la que se realza su figura como estudiante, catedrático y hombre de ciencia comprometido con la realidad de su país y de sus semejantes.

Graduado médico cirujano (1920) y más tarde doctor en Ciencias Biológicas de la Universidad de México (1932), el doctor Ignacio Chávez fue comisionado en 1926 por esta Casa de Estudios para estudiar la organización y funcionamiento de las Clínicas de Cardiología de Berlín, Praga, Viena, París, Roma y Bruselas.

Eminente universitario, ex Rector de la UNAM y poseedor de un gran prestigio como cardiólogo a nivel internacional, el doctor Chávez nació el 31 de enero de 1897 en Zirándaro, Michoacán hoy Guerrero y además Zirándaro de Chávez, en su honor).

Su labor docente dio comienzo en 1914 en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, en donde más tarde fue Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (1920-1921), misma que en 1948 lo nombró Rector Honoris Causa de esa Casa de Estudios. Luego de impartir cursos de cardiología para graduados en el Hospital General (1931-1944), y de ser electo director de la Facultad de Medicina (1933-1934), fue más tarde Profesor Honorario de la Universidad de Guadalajara (1944), y miembro fundador de El Colegio Nacional (1943).

Distintas universidades, escuelas y facultades del mundo le otorgaron el grado de Doctor Honoris Causa, entre las que se cuentan las universidades de Guatemala (1944); París (1948); Guadalajara (1949); Lyon, Francia (1951); Universidad Nacional Autónoma de México (1953); de Brasil, Río de Janeiro (1952); Montpellier, Francia (1954); Central de Venezuela (1959); Autónoma de El Salvador, C.A. (1961); Carolina de Praga, Checoslovaquia (1964); Hankuk, Corea del Sur (1965); Bolonia, Italia (1965); Oxford, Inglaterra (1965); Jaguellona, Cracovia, Polonia (1966); Aristotélica de Tesalónica, Grecia (1967); de igual forma Profesor Honorario de la Facultad de Medicina de Guatemala (1945); y de la Universidad de El Salvador (1948); Profesor Honoris Causa de la Escuela de Medicina de Sao Paulo, Brasil (1949), y de la Escuela Paulista de Medicina del mismo lugar; Profesor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Lima, "Francisco Villarreal", Perú (1964); Doctor Honoris Causa en Filosofía de la Universidad Real y Pontificia de Santo Tomás, Manila, Filipinas (1945), y el mismo grado en ciencias de la Universidad de Sonora (1963); y por último, el grado Laurea ad Honorem de la Universidad de Turín, Italia (1961).

Por lo que toca a cursos breves y conferencias sustentados en México, el doctor Ignacio Chávez participó, desde 1927 hasta 1970, en aproximadamente 74; mientras que en el extranjero, de 1935 a 1970, sumó alrededor de 117, presentándose en las principales capitales de Europa,

Asia y América. En cuanto a congresos médicos en los que participó, se cuentan 48, tanto en el país como en el extranjero.

Entre los cargos técnicos que desempeñó figuran el ser miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM (1945-1953); del Comité de Expertos de Enfermedades Degenerativas, Organización Mundial de la Salud, Ginebra (1955); del Comité Editorial de importantes revistas médicas, entre las que se cuentan: *American Heart Journal*, St. Louis, Mo.; *American Journal of Cardiology*, Nueva York; *Acta Cardiológica*, Bruselas; *Revista Médica Española*, Madrid; *Excerpta Medica (Chest Diseases)*, Holanda; *Cardiología*, Suiza; *Malattie Cardiovascolari*, Italia; *La Prensa Médica Mexicana*, México; *Archivos Latinoamericanos de Reumatología*, Brasil. Asimismo, miembro de la Comisión Internacional Asesora del Gobierno de Colombia para la Organización de la Enseñanza Media Superior (1959); director del Hospital General de México (1936-1939); fundador y director del Instituto Nacional de Cardiología, México (1944-1961); y Director Honorario Vitalicio del mismo a partir de 1961; presidente de la Unión de Universidades Latinoamericanas (1964 a 1966); y miembro del Comité de Estudios sobre la Investigación Científica, Organización Mundial de la Salud, Ginebra (1959) y reelecto hasta 1971, entre otros.

Fundador de la Sociedad Mexicana de Cardiología (1935) y presidente de la Sociedad Internacional de Cardiología (1958-1962), de la cual fue presidente Honorario Vitalicio a partir de 1962, el doctor Chávez perteneció a 29 sociedades de Cardiología en Boston, Mass., La Habana, Brasil, Perú, Francia, Argentina, Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela, Grecia, Bélgica, Inglaterra, España, Italia, Ecuador y Panamá, entre otros países.

En cuanto a las academias de medicina y de ciencia, fue miembro de renombradas sociedades de Buenos Aires, Nueva York, Francia, Polonia, y miembro extranjero en la rama de Ciencias Físicas, Médica y Naturales de la Academia Plugiese de la Ciencia, Bari, Italia (1964), por citar sólo algunas. Respecto a otras sociedades, perteneció a la de Patología Renal, de París (1949); de Medicina de Pernambuco, Brasil, (1950); a la *Americana Medical Association*, de Chicago (1963); *American College of Chest Physicians* (1954); socio honorario de la Sociedad Médica del *American Medical Association*, de Chicago (1963), y de igual forma en el *Selerni Collegium. University of Southern California*, Los Angeles, Calif. (1964); a la Médica de Corea (1965); a la Academia de Ciencias de Polonia (1966); y a la Sociedad Argentina para el Avance de las Ciencias Médicas (1970).

A partir de 1920 en que elaboró su tesis: *La digitalina a pequeñas dosis en el tratamiento de las cardiopatías*, el doctor Ignacio Chávez fue autor de libros y monografías tales como *Enfermedades del corazón, cirugía y embarazo*, editado por El Colegio Nacional (1945); *México en la cultura médica* (1947), también de El Colegio Nacional; *Diego Rivera*,

Sus frescos en el Instituto Nacional de Cardiología (1946), editado por la Sociedad Mexicana de Cardiología; *Insuficiencia coronaria* (Symposium y discusión coordinada). En colaboración con los doctores Isaac Costero, Felipe Mendoza y Enrique Cabrera, editado por la Sociedad Potosina de Estudios Médicos (1957); *Hipertensión pulmonar* (Symposium y discusión con los investigadores del Instituto Nacional de Cardiología (1961), y editado por el propio INC; y *Desde la Rectoría. Discursos. 2 Volúmenes* Edición de la UNAM (1961-1966), son los que destacan de su producción.

Autor de 180 artículos, conferencias y escritos sobre temas médicos, la obra del doctor Ignacio Chávez ha sido traducida al inglés, francés, griego, portugués, polaco, y otros idiomas. De sus últimos trabajos pueden citarse *El infarto del miocardio, III*, Edizione Minerva Medica, Torino, Italia (1962) pp. 71-85; *Los errores en el diagnóstico del infarto del miocardio*, "Memorias del IV Congreso Mundial de Cardiología" (1962) celebrado en México; de igual forma prólogo para el libro de resúmenes del mismo y discurso pronunciado en la ceremonia inaugural; *Medicina preventiva y medicina veterinaria*, UNAM (1963); "Las contribuciones más importantes hechas en México, en el campo de la cardiología, en el curso de los últimos diez años". VII Congreso Interamericano de Cardiología, Montreal, Canadá, UNAM (1964); "La circulación de la sangre y la evolución de la cardiología". Revisión Histórica. Sociedad Médica de Tijuana (1969); "Reflexiones críticas sobre la cardiopatía isquémica y, en particular, el infarto del miocardio". Congreso Dominicano de Cardiología. Santo Domingo (1969); "El cardiólogo frente a su enfermo del corazón", archivo del Instituto de Cardiología de México. Tomo XXXVII (1967); e "Infarto miocárdico juvenil". Comentario oficial al trabajo de ingreso del académico doctor Antonio Estandía (1968).

Su vida fue prolífica en todos los sentidos, desde su poema *Suprema Angustia*, premiado por la Facultad de Medicina para la ceremonia del Cadáver Anónimo (1919), pasando por las palabras de despedida en el sepelio de Alfonso Reyes (1959), hasta llegar al discurso pronunciado en la toma de posesión como Rector de la UNAM, por un segundo período 1965-1969. En vida pronunció alrededor de 137 discursos, palabras de agradecimiento y de despedida por ilustres compatriotas.

Obtuvo condecoraciones en México, Francia, Cuba, Guatemala, Brasil, Colombia, Venezuela, Panamá, Italia, Ecuador, Holanda, Polonia, Estados Unidos, Alemania Federal, Finlandia, Bélgica, Checoslovaquia, Corea y Perú. De lo anterior destacan las condecoraciones de Segunda Clase de la Orden del Tesoro Sagrado (Japón, 1964); Gran Oficial de la Orden al Mérito" (RFA, 1964); Comendador de la Orden del Rey Leopoldo (Bélgica, 1965); Gran Oficial de la Orden del León (Finlandia, 1965); Gran Oficial de la Orden de Orange, Nassau (Holanda, 1963); Comendador de la Orden de Las Palmas Académicas (Francia, 1963); de la

Orden de Boyacá (Colombia, 1959); de la Orden del Libertador (Venezuela, 1959); de la Orden Internacional del Bien Público (Francia, 1960); Medalla de Oro "Eduardo Liceaga" de la Orden de la Salud Pública (México, 1960); y *Laurea ad Honorem* de la Universidad de Turín, Italia (1961); son algunas de las 32 que obtuvo hasta 1970.

Empero su preocupación por continuar la labor emprendida como individuo trascendió hacia las nuevas generaciones al ser designado Rector de esta Universidad en 1961. Su inquietud por perpetuar el conocimiento acumulado se puso de manifiesto en su discurso de toma de posesión que a continuación se reproduce:

Nuevo Rector de UNAM

El doctor Ignacio Chávez, nuevo Rector de la Universidad de México, designado por la H. Junta de Gobierno, tomará posición de su cargo hoy, 13 de febrero. El doctor Nabor Carrillo hará entrega del cargo al nuevo Rector después de haber ocupado ese puesto desde el 13 de febrero de 1953 hasta la fecha.

Termina así un periodo fecundo de la vida de la Universidad. Durante este lapso, la Universidad de México donde su patrimonio creció, de 28 millones de pesos en 1952, a 805 millones de pesos en 1960; al 31 de enero de 1961 no existía, además, pasivo alguno en la Universidad; sin afectar los gastos de presupuesto se invirtieron 158.4 millones de pesos, entre 1953 y 1960; en la construcción de nuevas obras y adquisición de mobiliario; el presupuesto anual de la Universidad pasó, de 22 millones de pesos en 1952, a 150 millones en 1960; la población estudiantil aumentó en un 100%; se estableció el profesorado de tiempo completo y medio tiempo y se crearon multitud de plazas para investigadores también de tiempo completo.

El visible desarrollo de las actividades de difusión cultural, las publicaciones y los acervos bibliográficos de las bibliotecas de la UNAM, la instalación de talleres y laboratorios, la modernización de los servicios escolares y de algunos administrativos, el empleo eficaz de las excelentes instalaciones deportivas, son otros de los sucesos importantes ocurridos en este periodo de la vida administrativa en la Universidad. Más amplia y precisa noticia de ese extenso trabajo de ocho años puede hallarse en el folleto de La Universidad de 1953 a 1960, que preparó hace poco la Asesoría de Relaciones.

En esta época de labor académica se han resuelto, o se han planteado soluciones para hacerlo, muchos de los viejos problemas de nuestra Casa, muchos viejos anhelos universitarios se han visto cumplidos; otros, perduran aún insatisfechos; asimismo se han engendrado nuevos problemas. Es por eso que^a parte de la actividad universitaria, se destina a la atención de las dificultades y, otra parte, al estudio y la solución de esos problemas

que en la propia comunidad universitaria se engendran en cada nueva etapa.

El trabajo científico, y el humanístico que sin cesar nutren a la Institución universitaria, forman en toda época el interés central de los que en ella laboran por la evolución de la cultura nacional. A ese trabajo invaluable debemos consagrarnos siempre todos los universitarios.

Discurso del doctor Ignacio Chávez

Pronunciado durante la ceremonia en que rindió su protesta como Rector de la UNAM).

Honorable Junta de Gobierno.
Señores miembros del Patronato.
Señores miembros del Consejo Universitario.

Funcionarios, maestros y alumnos de la Universidad Nacional Autónoma.
Señoras y señores.

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a la Honorable Junta de Gobierno, por el honor que me ha conferido al designarme Rector de nuestra Universidad y, muy particularmente, al señor Presidente en turno, por las palabras generosas de bienvenida con que me acoge y con las que me presenta ante la Universidad y la Nación. Son palabras que me llevan muy a lo hondo.

Estoy consciente de lo que significa mi nombramiento; de lo que vale como un honor y de lo que pesa como una responsabilidad que abrumba. No habrá de turbarme al vanidad para hacer que yo mire sólo lo primero. La vida me ha enseñado cómo a menudo caen sobre los hombres tareas superiores a sus fuerzas; pero me ha enseñado también que nada exalta tanto la voluntad y la energía de un hombre como el deseo de hacerse digno de la misión que le confiaron. Por eso he aceptado el cargo, con espíritu de humildad, pero también con impulso de audacia. No en la actitud del que escala una situación de éxito, sino en la de quien se inclina ante un deber que le impone su país.

En otras condiciones, a esto se hubieran limitado mis palabras; a esto y a mi problema formal, con valor de juramentos, de consagrarme lealmente, cabalmente a las tareas del Rectorado, en actitud de entrega y de fervor. Pero hoy no creo que deba limitarme a eso. Han soplado hace poco rachas de huracán sobre nuestra Universidad; a resultas de ellas, es natural que la población universitaria desee oír algo más que las palabras de cortesía y de promesa de consagración. Por eso, apartándome de la costumbre, quiero añadir algunas que expliquen mis propósitos —no mi programa— al frente de la Universidad.

No son éstos el momento ni la ocasión para ahondar en problemas puramente académicos. Ello vendrá pronto; dentro de algunos días, al iniciarse las actividades del nuevo año lectivo. Que ahora me baste con exponer mis móviles y con fijar mis metas en relación con la Universidad.

Bien sabemos que la Universidad en su función educadora, no tiene sólo una finalidad, sino muchas; pero ella rebasa todos los fines únicos; el saber, la cultura, la formación profesional y la orientación filosófica misma. Los rebasa todos porque los incluye todos. Su meta es más alta, es la de formar un hombre en su integridad y en su aspiración.

Para alcanzar ese objetivo final en que se funden los otros, debe, al mismo tiempo, alcanzar los objetivos parciales, los del saber, los de la cultura y los de la profesión. La Universidad no puede, no debe fallar en ninguno, so pena de lanzar hombres de espíritu mutilado y profesionistas torpes o impreparados.

Por eso importa que revisemos nuestras normas de enseñanza y de educación, buscando respuestas nuevas para las grandes preguntas de nuestro tiempo.

En materia profesional necesitamos formar hombres de hoy, con la ciencia y la técnica de hoy y no con la de ayer. Firmes en sus bases, ricos de doctrina y seguros de su técnica, capaces de adaptarse a los cambios rápidos de la ciencia de nuestro tiempo. Hombres que entiendan que más importante que el saber en sí, es conocer el camino de acrecentarlo y de rectificarlo. Hombres que salgan a la vida con la capacidad de asumir bien su función profesional y no de simularla. Hombres que siendo servidores eficaces del país, sean capaces de convertirse mañana en sus dirigentes.

En materia cultural necesitamos depurar y elevar nuestros estudios del bachillerato y después todas las disciplinas que dan reciedumbre intelectual y moral. Huir del simple aprendizaje sin crítica y sin valoración. Convencernos de que la cultura, como dice Lagneau, no es sólo un saber, sino un saber aprender, un saber juzgar, un saber resolver. Necesitamos, además, si su cultura ha de ser genuina, formar juventudes que se preocupen de los problemas de su tiempo y de su medio: que no se sientan ajenos a los del hombre de todas las latitudes, sino, al contrario, ciudadanos del mundo.

En materia de investigación necesitamos fomentar el espíritu inquieto del que busca y avanza; del que no se conforma con las verdades hechas, sino que intenta encontrar las suyas. Convencernos de que no hay enseñanza que se renueve sin investigación que la fecunde; de que no hay Universidad que lo sea si sólo es repetidora de doctrinas ajenas y no creadora de nuevas verdades.

Para que todo esto sea posible, la Universidad debe revisar su estructura y comenzar por crear una conciencia colectiva de que necesitamos renovarnos. Primero un llamado de alarma. Que cada quien ocupe su

puesto con la conciencia lúcida de su papel. Que el maestro enseñe y que oriente de verdad; que el alumno estudie y madure de verdad; que el funcionario guíe y coordine de verdad; todos con la misma convicción, movidos por el mismo impulso, todos poseídos de la misma mística.

Tenemos frente a nosotros problemas capaces de empañar el optimismo. El mayor de ellos, el que está en la raíz misma de los otros, es el de la sobrepoblación escolar. Treinta y cinco mil alumnos que se aprietan dentro de las aulas y los laboratorios de esta Ciudad Universitaria y veinticinco mil que se están preparando fuera, en nuestras escuelas preparatorias, para venir mañana. Ese torrente humano de sesenta mil jóvenes que se vierte sobre la Universidad, lo compromete todo, lo ahoga todo. Si no encontráramos la fórmula, mañana serán ochenta mil, serán cien mil. Bien está que como mexicanos no podamos dolernos sino, al contrario, regocijarnos de este aumento en el número de los que alcanzan grados superiores de la educación; pero como universitarios, como educadores, no podemos menos que mirar con dura preocupación, casi con espanto, la plétora que nos ahoga y que amenaza transformar la educación individual en una educación de masas, impersonal, tecnificada, antihumana.

Como frutos viciados de esta situación están la deserción escolar, que alcanza cifras enormes; el descenso en el nivel medio de la cultura que alarma y está también el relajamiento de las normas morales de la conducta.

Necesitamos atacar todo eso. Inútil decir que no existen panaceas. Inútil sobre todo insistir en que estos problemas rebasan la capacidad de un hombre. Si hemos de encontrar soluciones orgánicas ha de ser con la cooperación de todos, con el esfuerzo de todos, con el sacrificio de todos.

Por eso pido la ayuda de toda la Universidad. En resolver estos problemas nos va la vida académica y con ella nos va el futuro del país. Confío en que a partir de hoy cesen las divisiones y se apaguen las rencillas. Que no haya odios, igual que no habrá represalias por pugnas ideológicas. El odio y la venganza no sirven para construir nada alto ni duradero, como no sea un pedestal para Caín.

Pero hay algo en que es preciso insistir. En igual grado que el afianzamiento académico, importa asegurar el del sentido ético. No puede admitirse una educación verdadera sin una sólida vertebración moral. Tanto como el amor a la sabiduría, la dignidad en la conducta y la rectitud en la acción deben inspirar la vida universitaria.

Hay quienes piensan que no es posible gobernar la Universidad sin emplear prácticas viciosas que facilitan el dominio. Rechazo categóricamente esa afirmación. Yo estoy seguro de que todos los universitarios auténticos me ayudarán a demostrarlo. Viviremos una vida limpia y decorosa, sin recurrir jamás a prácticas que sean ajenas a la dignidad.

Viviremos también una vida libre. Libre el pensamiento y libre la discusión científica. Como expresión final de esta filosofía, libre la cátedra. Si Universidad es universalidad, aquí deben fluir todas las corrientes del

pensamiento y someterse a estudio y a crítica todas las ideas. El sitio del Maestro le asegura el derecho y aun el deber de someter al análisis todas las doctrinas. Sólo hay un límite para este derecho, el de no convertir el sitio de Maestro en tribuna al servicio de intereses extraños, ajenos al interés científico, y sólo inspirados en afán de proselitismo.

Señores universitarios: Vengo a entregarme a la tarea que se me ha confiado; a entregarme a ella lealmente, cabalmente, con fervor de alucinado. No ofrezco un camino fácil, marchando del brazo de la complacencia y de la promesa demagógica. Por eso es posible que la incompreensión o el egoísmo de unos cuantos levanten obstáculos en el camino y aun provoquen movimiento de subversión. Que el espíritu Universitario esté alerta, para hacer oír su voz de condena. Frente al grito airado de los que se rebelan, no debe haber el silencio de quienes lo reprueban. El silencio no se oye y sólo sirve para que la duda planee sobre el silencio.

En vez de amigos que compartan la responsabilidad de esta hora, he buscado colaboradores. Son y serán todos ellos ejemplos vivos de lo mejor que la Universidad produce, tanto por su capacidad como por su rectitud y por su espíritu de sacrificio.

Vengo solo, sin compromiso con nadie; responsable solamente ante mi conciencia, ante la Universidad y ante el país. Llego con todas mis limitaciones como hombre; pero presto a entregarlo todo, lo que soy y lo que he sido, lo que formó mi vida hasta hoy. Todo eso, que es poco, pero que es todo para mí, es lo que pongo al servicio de la Universidad.

Palabras del doctor González Herrejón.

Señor Rector:

Me cabe en suerte tomar a usted la protesta como Rector de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México, por desempeñar en turno la presidencia de la H. Junta de Gobierno, la misma que hace veinticinco días, en elección de legalidad absoluta escogió a usted para ocupar el sitio más alto de esta Casa de Estudios.

No satisfecho con el solo formalismo que implica el acto porque está encerrado en austeros moldes donde la emoción no puede expresarse, quiero manifestarle en alta voz y ante las personas que me escuchan, la honda y conmovida satisfacción que como devoto universitario me ha causado el hecho de que tome usted el gobierno de la Universidad, porque su constante fervor a la cultura, su ejemplar estructura moral, sus relevantes dotes intelectuales, unidas a su gran capacidad de trabajo, a su simpatía por la docencia y a su sincero amor por el estudiantado noble, son todas prendas que auguran y hasta garantizan una labor fecunda y trascendente en lo acequible.

Tengo fe de creyente en el devenir de este solar de trabajo intelectual y de estructuración de hombres; conozco sus vicisitudes, sus tropiezos y aun

sus debilidades, pero también conozco sus esencias de bien y sus grandezas. Sé que los equipos científicos universitarios son insuficientes, que a veces no están acordes con la magnitud, con la majestad y la belleza de los cuerpos de edificios levantados para Facultades, Escuelas e Institutos; pero también sé que los elementos inmateriales de que se dispone, los recursos humanos, son valiosos, apreciados en su conjunto; que los mentores son susceptibles de cumplir plenamente con la suprema responsabilidad de enseñar y en cuanto a la juventud que llena las aulas, su nobleza y su inquietud de conocer, hacen de ella, como en ocasión anterior lo dije al abandonar un puesto directivo, lo mejor de la Universidad y su más sólida esperanza.

Tiene usted pues, doctor Chávez, casi todo lo que una mano docta y hábil puede aglutinar para seguir conformando este templo del saber, centro de formación de caracteres y de despertar idealidades superiores en los jóvenes que van a la vida y a la acción, con limpias y vigorosas inspiraciones de servicio en bien de los demás y de prosecución de la grandeza nacional. Por eso mi confianza en el mañana, por eso presagio para la Universidad el advenimiento de una época de mayor claridad, de mayor equilibrio, organización y fecunda ejemplaridad. ¡Bien venido, señor Rector Ignacio Chávez!

Con su gestión al frente de esta Casa de Estudios, sin embargo, no se daba por finalizada una etapa en la vida de un hombre ni de una institución, pues aún había que reintegrar a la UNAM lo que ésta le había aportado. Ello se hace patente a hacer la declaración inaugural de los cursos de 1961.

Inauguración de cursos

Con asistencia de altos funcionarios del Gobierno del país y de la Universidad de México, el Presidente de la República declaró inaugurados los cursos de nuestra Institución para el periodo escolar de 1961. A continuación se reproduce el discurso pronunciado en esa ocasión por el Rector de la UNAM, doctor Ignacio Chávez.

Señor Presidente de la República.

Señores Secretarios de Estado y señores invitados de honor.

Señores funcionarios de la Universidad Nacional Autónoma.

Señores profesores y alumnos.

Señoras y señores:

Una vez más, en el breve plazo de tres semanas, se me presenta la ocasión de dirigirme a la comunidad universitaria para exponer las ideas

con que llego a la Rectoría; lo que aliento, como propósito, y lo que me angustia, como problemas, sobre todo cuando miro que muchos de ellos quedan más allá de mi alcance.

Considero una fortuna el que en esta vez mi mensaje llegue hasta el C. Presidente de la República, que nos honra asistiendo a esta ceremonia. Este solo hecho muestra el interés que pone en la vida y en los problemas de la Universidad. Como hijo que fue de nuestras aulas, a ellas vuelve para compartir nuestra vida y nuestras esperanzas. El recio apoyo que en sus dos años de gobierno ha dado a esta Casa de Estudios; el respecto profundo que ha tenido por sus leyes, como viejo luchador que fue de su autonomía, y el estímulo que constituye su presencia en los momentos cruciales de nuestra vida académica, con otras tantas razones para expresarle la gratitud de la Universidad

Tengo el temor de incurrir en repeticiones de lo que dije al tomar posesión de mi cargo. Quizá no importe. Hay temas centrales que pesan sobre nosotros con la fuerza de una obsesión. Hay rocas, como de Sisifo que no logramos apartar de nuestro camino, pese a que las hemos rodado, uno tras otro, todos los dirigentes de la Universidad. Sobre todo, hay gritos que importa repetir, y lanzar a todos los rumbos, con la esperanza de recoger un eco de comprensión nacional y de ayuda.

Vive la Universidad una hora de crisis, en que todos los factores que la afectan recargan al mismo tiempo sobre ella, hasta hacerla crujir en su estructura interior, amenazando desarticular sus sistemas de vida. Es la hora en que todo cambia en el mundo, ciencia y técnica, ideas y doctrinas, necesidades y aspiraciones y en que nosotros debemos ajustar nuestra vida a las realidades de hoy.

La Universidad sabe muy bien que si forma profesionistas, no es esa su misión única y ni siquiera su misión de esencia; que no es ella una fábrica de técnicos sino una fragua de hombres; que su obligación es la de entregar al país intelectuales reciamente formados, en que se adunen la ciencia y la cultura y que sean, al mismo tiempo, hombres con levantado espíritu cívico y con honda formación moral.

De lo que la Universidad logre en su fragua, depende, fundamentalmente, el futuro de México. Si el país ha de salvarse y prosperar y engrandecerse, ha de ser por las soluciones que aporten sus hombres preparados. Esos hombres, toca sobre todo a la Universidad formarlos y si nosotros fallamos, es México el que falla.

Frente a la trascendencia de esta misión, necesitamos tener claras nuestras ideas acerca de la vida que debe llevar la Universidad. Desde luego, tener siempre presente la idea de que el país no forma a sus intelectuales, a sus minorías selectas, para darse el gusto de contar con un grupo aristocrático en el mundo del pensamiento, sino para disponer hoy de buenos técnicos y mañana de nobles dirigentes. Por eso necesitamos recordar también que nada es más peligroso que un profesional ignorante

y nada es más dañino que un intelectual carente de sentido ético. Ya hace siglos Rabelais lo expresó en frase lapidaria: "Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma".

No podemos lanzar intelectuales carentes de sentido ético ni formarlos carentes de sentido patrio. Sólo se puede aspirar a la ciudadanía universal cuando se empieza por ser un ciudadano ejemplar de su propio país. De la familia a la patria y de la patria al mundo, tal es el ciclo natural del hombre que se inspira, de verdad, en el amor de los hombres.

Tampoco podemos formar sabios vacíos de contenido humano, escépticos de su ciencia y de los destinos de la humanidad; esos "que saben todo y que no creen en nada", incapaces de actuar dentro de la sociedad en la actitud del que la estudia para reformarla y para mejorarla, del que se preocupa por aportar soluciones de beneficio colectivo y no del que elabora fórmulas de medro personal.

En materia académica necesitamos levantar el nivel de nuestra enseñanza. Las aportaciones de la ciencia y los refinamientos de la técnica son cada día mayores. Lo que debemos enseñar es, por lo tanto, cada día más copioso y, sobre todo, es cada día distinto. Una enseñanza así no es fácil. Por ello, más que preocuparnos por el bagaje intelectual con que sale el alumno, condenado a ser pronto insuficiente, debemos estarlo por la disciplina científica que adquiera, que es la que le permitirá completar y rectificar su formación. Que el alumno no sólo aprenda lo esencial, lo fundamental, que necesita para hoy, sino que se prepare para los cambios de mañana. Con razón se ha dicho que el sabio no es propiamente el que sabe sino el que conoce y recorre los caminos del saber.

Por eso, fundamentalmente por eso, la formación que ofrezca la Universidad no debe confinarse a los aspectos puramente utilitarios. Eso sería el triunfo de la superficialidad y no una formación científica. Sería apenas un pobre entrenamiento, huérfano de doctrina y ajeno a la actitud de comprender; carente, más que nada, de la posibilidad de avanzar y de inquirir.

Esta tarea gigantesca corresponde, por definición, a los maestros. En la obra de modelar el espíritu, la responsabilidad íntegra, recae sobre ellos. Los alumnos son, fundamentalmente, lo que los maestros forman. Si en materia de educación, como quiere André Gide, el más grave problema no está en cambiar los sistemas, sino en cambiar al hombre, se comprende la necesidad de que el profesorado universitario alcance la talla de su función. Que lleguen a la cátedra los mejor preparados, los capaces de modelar una alma, los que sientan arder adentro la llama de una vocación. Los que en materia académica, vivan su disciplina con las ideas y las inquietudes de su tiempo, enseñando las verdades y las soluciones de hoy y se muestren capaces de columbrar las de mañana. Los que en materia intelectual se muevan felices dentro de la libertad para pensar y discutir, con el afán de alcanzar la verdad y no los que hipote-

quen su cerebro ni su conciencia a las doctrinas hechas, considerándolas intocables. Los que en materia docente usen su cátedra para entablar desde ella el diálogo sereno de los tiempos platónicos, y no los que la conviertan en tribuna de propaganda sectaria, ajena a toda preocupación científica. Los que en materia de convivencia humana sean capaces de tolerar y respetar las ideas de los demás, aunque sean contrarias, con tal de que sean honradas.

Si ésta es la responsabilidad de los maestros, no es menos grande la de los alumnos. El estudio, primero, con lo que entraña de consagración a la tarea, de apasionada entrega a la vocación; después la aceptación consciente de una disciplina, que si restringe en lo accesorio su libertad, contribuye, en cambio, a la formación del carácter y enseña las normas del respeto y de la convivencia humana.

Paralela a esta formación escolar, académica, debe el alumno iniciar su formación ciudadana. La autoridad universitaria debe fomentarla, apoyando a las sociedades estudiantiles, siempre que sean legítimas y que se inspiren en propósitos levantados. Que allí se inicien los estudiantes en los problemas de la vida colectiva, de las prácticas democráticas y del servicio público. Que allí aprendan a luchar y a jugar limpio, a respetar el triunfo legítimo de los demás y a prepararse para cuando salgan a la vida como ciudadanos guías. Que allí aprendan también a tener gallardas rebeldías, como es lo propio de la edad juvenil, en la que el pensamiento suele confundirse con los sueños, rebeldías, sí, pero sólo inflamadas por motivos altos, nobles, generosos, nunca por pasiones mezquinas ni menos por turbios intereses. Lo que es orgullo y galardón en el primer caso, se vuelve oprobio en el segundo.

Si éste es el camino de su educación ciudadana, es el tiempo también de que reivindiquen la soberanía de sus organizaciones estudiantiles, exigiendo que asuman su representación sólo los que hayan sido consagrados por el voto mayoritario.

Imbuidos de estas ideas, maestros y alumnos deben vivir en diálogo permanente, que es la esencia de la vida universitaria. Diálogo y no choque, porque no se concibe oposición ni distanciamiento entre ambos grupos. En nuestra Casa no debe haber más choque que el de la ideas, a la hora de la discusión. La estridencia del grito y el ruido del asalto constituyen una disonancia en la armonía de la Universidad.

En este breve ideario, que glosa o que completa el que expuse hace breves días, estoy seguro de que coincidimos todos los universitarios. Por razón de esa concordancia, parecería que las metas que él fija son fáciles de alcanzar. Y sin embargo, no hay tarea más ardua. A ella se oponen problemas, que no por ser universales dejan de alcanzar en México proporciones inusitadas, quizá únicas.

El problema mayor, el más grave de todos por su magnitud y por sus consecuencias, es el de la sobrepoblación escolar. Parecería que el país

no se ha dado bien cuenta de esto que calificó de drama nacional. Un verdadero torrente humano que se vuelca sobre la Universidad, pidiendo entrar para educarse. Las curvas de inscripción que ascienden abruptamente y hacen llegar la población estudiantil, de 25,000 que era en 1950, a 60,000 el año pasado. Una Escuela como la de Arquitectura, que fue construida para albergar 800 alumnos y que en diez años eleva cinco veces su cifra, hasta llegar ahora a 4,000. O como la de Ingeniería, que en los últimos diez años ha dado el salto impresionante de 1,700 estudiantes a 6,500.

Este ingreso de masas es bastante para desarticular toda la enseñanza; para hacer pequeñas las aulas y pobres, y aun mezquinos, los laboratorios; para volver insuficientes los profesores y, sobre todo, para abatir el nivel de la enseñanza. La enseñanza experimental, el ejercicio práctico, el adiestramiento manual o de los órganos de los sentidos, todo eso se restringe, se empequeñece y a veces se desvirtúa, en la medida en que tiende volver a la enseñanza verbalista, como en el pasado. La Universidad hace el esfuerzo heroico de aumentar sus profesores y sus equipos; de duplicar sus turnos, de multiplicar sus grupos y ni así alcanza a recobrar el equilibrio. Cuando a veces parece lograrlo, la marea implacable del aumento sigue subiendo y ahoga todo lo logrado.

Este es un desajuste doloroso entre las demandas y las posibilidades de admisión; una lucha dramática entre dos derechos, el del joven que pide entrar y formarse y el de la Universidad que lucha contra la asfixia.

Al dibujar este cuadro con más sombras que luces, busco que la Universidad y el país se den cuenta cabal del problema que vivimos y que amenaza agravarse año con año. Mientras México siga creciendo; mientras la población eleve su posibilidad de enviar sus hijos a las escuelas superiores; mientras la industrialización del país aumente sus demandas de profesionistas y de técnicos, y mientras el Estado tenga más éxito en su admirable empresa de ofrecer educación a todo niño mexicano, es natural que el flujo de aspirantes a la Universidad siga creciendo. Eso, en sí mismo, es un triunfo del país; pero sólo en la medida en que estemos listos para satisfacer las demandas de educación que eso implica. Ahogarlas sería una forma de suicidio.

Para afrontar ese problema, del que depende en gran parte el futuro de México, importa que encontremos soluciones, unas inmediatas, para los grupos humanos que no pueden esperar y otras de largo alcance. Ese será el tema central de nuestras preocupaciones por mucho tiempo.

Por cuanto a las soluciones inmediatas, buscaremos la forma de canalizar los excedentes de alumnos a donde puedan formarse con más fruto; sea a las Universidades de los Estados, convenientemente reforzadas; sea a los Institutos de Tecnología de la capital y del interior, con los que trabajaremos en estrecha y amistosa colaboración; o bien a las instituciones privadas que acepten abrir pequeñas carreras de tipo subprofesional, des-

tinadas a quienes no puedan hacer estudios largos o no satisfagan los requisitos que demanda una carrera académica.

Que nadie se sienta deprimido por ello. Ciertamente es honroso ser universitario, pero no tiene por qué no serlo el servir a la sociedad en otros campos. El problema es de vocación y de aptitud, no de privilegio. Lo que importa es la calidad del servicio y no el membrete de la actividad.

Como soluciones de largo alcance, la primera será la de estudiar la vocación y la aptitud de los alumnos, para orientarlos bien y evitarles extravíos dolorosos, que causan el fracaso de una vida y producen, además, un serio daño nacional.

Más allá de este paso está el fundamental, el que estamos obligados a dar, que es el de planificar la educación superior. Me limito a hablar de la superior, porque es la única que nos compete; pero en rigor debería decir "planificación de la educación nacional". Es que en esto no debe haber fosos de ciclos escolares ni barreras de prejuicios. El joven que se educa es uno y el interés de México también es uno. Desde la primaria hasta la facultad, la educación es una en su esencia, aunque varíe de contenido en los distintos niveles. Basta con pensar que un ciclo de la enseñanza es el antecedente obligado del que sigue.

En materia de educación debemos planificar lo que el país necesita y lo que puede formar. Por una parte, dotarlo de los nuevos tipos de técnicos que requiere la evolución actual y por la otra, no seguir produciendo en masa profesionales que vayan a parar a la burocracia o al proletariado. Al contrario, para cada uno que salga debe haber una función social y un sitio adecuado que le permitan lograr en plenitud su vida, no frustrarla.

El segundo de los grandes problemas que afronta la enseñanza universitaria es el referente al bachillerato. En ese ciclo vital de la carrera es donde se adquieren los conocimientos de base, donde se forja la disciplina intelectual y donde se logra o, cuando menos, se orienta la cultura general. Los grupos que la Preparatoria entregue son el material que nutre a la Universidad. De su categoría, superior o mediocre, depende el éxito o el fracaso de las carreras profesionales.

Es evidente que nuestro ciclo preparatorio pasa por una hora de crisis, a resultas también del aumento impresionante de su población. En diez años ha pasado de 5,000 a 20,000 alumnos y en vez de una Escuela Preparatoria, ahora son siete, con todas las dificultades que eso acarrea para integrar las siete plantas de profesores y contar con los debidos equipos de enseñanza.

Es inútil que nos pongamos a planear reformas de trascendencia en las Escuelas y Facultades de la Universidad si no atacamos al mismo tiempo la de las Preparatorias, que está en la base. Así como se hizo con las primeras, sacándolas de las viejas casonas adaptadas, para traerlas a esta Ciudad Universitaria, donde pudieran transformar su enseñanza, así tam-

bién urge modernizar nuestras Preparatorias, dotándolas de locales nuevos, espaciosos, hechos ad hoc, donde los jóvenes tengan, junto al aula propia para la enseñanza audiovisual, el laboratorio que permita los estudios de observación y de experimentación; donde haya el campo deportivo, que es esencial en esa época de la vida y donde tengan un auditorio, que sea el foro de sus actividades culturales, cívicas y artísticas.

Tengo fundadas esperanzas de este programa sea realizable. Plantar en la periferia de la ciudad una red de Escuelas Preparatorias nuevas, bien equipadas, bien organizadas y con profesorado selecto. Abrir una escuela tras otra, hasta lograr, en pocos años, la total transformación de las que tenemos. A partir de ese momento podrá pensarse en ampliar su número; lo que urge ahora es transformar las actuales dotándolas de todo lo que requiere una buena enseñanza.

Junto a estos grandes problemas, en que se conjugan factores de dentro y de fuera de la Universidad, están los otros, que por ser fundamentalmente internos, se antoja que están más al alcance de nuestro esfuerzo. Tal es, por ejemplo, el de seleccionar, estimular y retribuir mejor a nuestros profesores; el de aumentar el número de los de carrera, para que eleven el nivel académico de la enseñanza; el de incrementar y elevar a planos superiores la investigación, fuente de renovación de ideas y de doctrinas dentro de la Universidad y clave de solución de muchos problemas nacionales. Tales son también el de incrementar la producción de libros mexicanos que sirvan para la enseñanza y que, aparte de mexicanos, sean libros baratos, al alcance de los estudiantes; el de rectificar la estructura administrativa de la Universidad, corrigiendo la centralización excesiva, que en ocasiones es monstruosa; el de reforzar la autoridad de las distintas Escuelas y Facultades, sin caer en el riesgo de desarticular lo que debe, por definición, ser unidad; el de frenar el desarrollo de la burocracia, limitándola a la justa satisfacción de las necesidades de la docencia y de la investigación; por último, el de proveer con equidad a las necesidades económicas y las prestaciones sociales a que tienen derecho nuestros trabajadores.

El problema mismo de la indisciplina, que se ha mirado con alarma, no vacilo en considerarlo como un problema menor, que queda a nuestro alcance. El hecho de que la crisis última haya recibido una repulsa colectiva, que la ahogó fácilmente, prueba que hay una conciencia universitaria que desea vivir en el trabajo y en la superación y que no admite transgresiones a las leyes internas de una vida de honor. De esta dura prueba, la Universidad sale robustecida y confiada. No ignora, por supuesto, que cuando se implanten reformas que hieran intereses, puede haber nuevas sacudidas y aun brotes de subversión; pero está segura de su fuerza moral para dominarlos. Cuando todo en la Universidad camine por los senderos rectos; cuando la tarea común, alegremente aceptada, sea la del trabajo; cuando se haya borrado la política de grupos frente

a la política superior de la Universidad, no habrá légame en el fondo donde brote la indisciplina ni menos la corrupción. Ese día podremos sentir el orgullo de ser universitarios y, sobre todo, de merecerlo.

Para que todos esos propósitos puedan un día ser realidades, se requiere una vigorosa acción de todos los universitarios. Insisto en que una tarea de éstas rebasa la capacidad de un hombre. Es una tarea colectiva. Compete a todos y es responsabilidad de todos los que trabajamos en esta Casa. Sabemos bien que no es obra de poco tiempo, que requerirá años de esfuerzo y de sacrificios, sobre todo años de apasionada voluntad de creación. La Universidad nunca está hecha, nace todos los días en un proceso de recreación constante. El espíritu que la anime será el espíritu que sepamos infundirle.

Junto al ímpetu nuestro, necesitamos la comprensión y el apoyo de la nación entera. Somos creación suya. Nuestras esperanzas y nuestras angustias deben ser las suyas, porque somos el instrumento que ella misma forjó para la educación superior de su juventud. Le hacemos un llamado para que se percate de la dura realidad que confrontamos y para que mañana, cuando del planteamiento pasemos a las soluciones, tengamos la seguridad de contar con su apoyo.

Señores universitarios: se inicia hoy un nuevo año académico y con él se abre una nueva etapa de nuestra vida. Abrigo la convicción, no la esperanza, de que será una etapa de superación y de armonía, en la que todos avancemos inspirados por una misma mística, la de servir al país sirviendo al hombre, de acuerdo con el viejo lema de la Universidad que decía: "En el amor de la ciencia y de la patria está la salud del pueblo". Mística que no lleve a forjarnos una vida espiritual superior, que sea como un arquetipo que inspire la vida del país. Mística que nos haga no desmayar en la marcha, convencidos de que juntos lo podemos hacer todo y desunidos podremos perderlo todo.

Nuevos doctores Honoris Causa

En reconocimiento a las páginas de la historia médica que plasmó el doctor Chávez, la UNAM le otorgó el doctorado Honoris Causa. A continuación se presentan los discursos pronunciados por los doctores Salvador Azuela e Ignacio Chávez.

La Universidad Nacional Autónoma de México otorgó en ceremonia pública el grado de Doctor Honoris Causa a varios ilustres profesores universitarios, que han dedicado sus vidas a diversos aspectos de la investigación o de la profesión de las ciencias y las artes. En estas páginas se reproducen los discursos que otros universitarios distinguidos pronunciaron al presentar al público asistente a los recipiendarios del honor acordado por el Consejo Universitario, así como el que pronunció el Dr. Salvador Azuela, a nombre de la Universidad, y el que produjo el Dr.

Ignacio Chávez, a nombre suyo y de los demás nuevos doctores, para agradecer el homenaje recibido.

Justificación

Por el doctor Salvador Azuela

Señor Rector, señores profesores y estudiantes de la Universidad; señoras y señores:

Los pueblos, las instituciones o las personas que se vuelven de espaldas a su pasado, reniegan de sí mismas. La tradición vale por lo que tiene de vivo; por eso no es lícito pretender embalsamarla para petrificarse con ella. Así es como entiende el espíritu de esta ceremonia de conmemoración del cuarto centenario de la constitución del Claustro de la Real y Pontificia Universidad de México, en que se otorgaron los primeros grados de esa Casa de Estudios.

Presidió, señores, el acto que se celebra hace justamente cuatro siglos, don Luis de Velasco. Era aquel virrey un hombre dotado de gran rectitud, de simpatía para los desvalidos, de amor al pueblo y de valentía moral. Tal parece que las virtudes de don Luis de Velasco significan desde entonces a manera de una luz que nos señala el buen camino.

Entre los primeros graduados de la Universidad Real y Pontificia figuró fray Alonso de la Veracruz. Había traído fray Alonso a la Nueva España el espíritu misionero de los hombres excelsos de su raza y el sentido caballeresco de la vida, el afán místico y pragmático, el propio tiempo, de los mejores españoles. Queremos honrarlo ahora porque representa el símbolo venerable de la meditación.

La manera más adecuada de que dispone la Universidad para solemnizar este cuarto centenario, es distinguir con el grado de Doctor Honoris Causa a un grupo selecto de mexicanos —algunos de ellos con prestigio internacional—, que han sobresalido en las ciencias y en las humanidades.

En la ciencia, señores, no se puede señalar exactamente adonde se llega, tan sólo en donde se comienza. Se sabe en qué punto empieza el proceso de la investigación, de búsqueda sistemática; pero la ruta del conocimiento no concluye nunca, porque sus revelaciones se multiplican a medida que avanza el propósito inquisitivo, despejando horizontes.

La ciencia moderna es hija del espíritu crítico de los griegos. Ella ha creado la civilización tecnológica. Y con la civilización tecnológica brotan problemas de tal magnitud que bien vale la pena, en esta ceremonia, de insistir sobre algunos de los más graves.

Con la civilización tecnológica se opera un peligrosísimo aumento del poder financiero y del poder político, ejercidos en forma irrestricta. Es

la época de la guerra total, de la aplicación, de la energía atómica a fines bélicos del retorno a la esclavitud en los campos de concentración y de los regímenes totalitarios. Por ello entraña un imperativo indeclinable elevar la ciencia y rango de la sabiduría, fundada en la responsabilidad, porque la sabiduría representa la fuerza promotora de la cultura entendida como decoro pleno de la persona humana.

Con un sentimiento de reverencia nos acercamos al pasado, de la mano de quienes reciben ahora la merecida consagración universitaria de doctores *Honoris Causa*. Ellos han hecho de su vida un largo coloquio con la sabiduría. En el hombre que se consagra a los valores más altos, respetamos profundamente la actitud de huir del estrépito de la plaza, de los intereses que privan en el mercado, deliberadamente extraña a la publicidad, que se refugia en la media luz del laboratorio o la biblioteca, en la penumbra propicia a las realizaciones de la meditación y del ensueño.

La Universidad al otorgar el honor máximo a este grupo de intelectuales que trabaja en bien de la Patria, se honra a sí misma honrándolos a ellos. La Universidad no reniega de su tradición; lejos de ello, reconoce la noble continuidad de una obra secular por la que sentimos orgullo. Al mismo tiempo proclama la responsabilidad social de la inteligencia, ya que la inteligencia no entraña una nueva aristocracia desdenosa, llamada a sustituir a los privilegiados de la fuerza, de la sangre o del dinero. Es la suya, en primer término, una responsabilidad conductora de pueblo, principalmente en América.

Toda cultura brota de lo social y está destinada a volver a lo social. No es adiestramiento para el ejercicio utilitario de una técnica. Entraña devoción, amor inagotable a la aventura intelectual, conciencia moral, espíritu filosófico, inconformidad ante una sola respuesta para los problemas del destino humano.

El intelectual de América tiene hoy hondas obligaciones cívicas. Vive en pueblos en donde se clausuran periódicos y universidades; se cesa por los gobiernos despóticos a los catedráticos de espíritu independiente o se les encarcela y destierra porque las ideas que profesan no están de acuerdo con las consignas oficiales, en donde se expugnan las bibliotecas para sacar los libros que se marcan como heterodoxos por políticos de mentalidad simplista. Y cuando los cuadros gobernantes, como ocurre en muchos países de la América del Sur, se cubren con figuras uniformadas, no es edificante el silencio o la abstención del hombre de pensamiento.

La Universidad de México no crec en el hombre que gravita en torno de los tráficos del mercado, en el que desprecia el cultivo de vida interior, el que no estima la magia del arte, el encanto de la naturaleza, el trato humano desinteresado, la contemplación del mundo libre, el ánimo de los apetitos que engendra la voluntad de dominio. El designio de apoderarse de las cosas para aprovecharlas es de carácter subalterno ante la

intención trascendente que implica una tarea de cultura que arranca de fray Alonso de la Veracruz y llega hasta don Justo Sierra.

El hombre moderno sufre bajo el signo de la deshumanización a que se quiere someterlo. Parece que hemos perdido hasta la capacidad de identidad con las fuerzas cósmicas elementales. Debemos volver a ellas para compenetrarnos con los murmullos de la selva y con los acentos sinfónicos del mar, con el viento que sacude de misterio las copas de los árboles en las altas noches de México, cuajadas de luceros.

Bajo el aire fino de la altiplanicie, estamos instalados en una tierra de composición volcánica, cargada de fuerzas misteriosas propicias a las revoluciones. México es una nación que se forma en la trágica dimensión del peligro. Aquí hacer ciencia y adecuar el espíritu para los altos empeños de la sabiduría es un heroísmo.

Señoras y señores: La Universidad sirve de cause que permite enlazar el presente con el pasado. Por las voces de sus maestros ilustres hablan los valores elevados de la historia. Debe ser ella el foro de las inteligencias más esclarecidas de la nación. Inspirados en esos sentimientos saludamos a los nuevos Doctores Honoris Causa con la mayor cordialidad.

Al otorgarse a ustedes, señores doctores, un rango académico tan prestigioso, queremos subrayar que México ha adquirido relieve sobresaliente en el mundo desde el punto de vista artístico. Empieza a conquistarlo en la esfera científica. Hagamos votos porque alcance jerarquía universal en el orden perdurable de la conducta.

Presentación del doctor Ignacio Chávez

Por el doctor Manuel Martínez Báez

La vida entera de Ignacio Chávez es una limpia historia de trabajo y de éxito, de lucha constante y de triunfos reiterados. Presentarla en unas cuantas líneas no es labor fácil, y todavía lo es menos para quien, como yo, está unido a él por estrechos y viejos vínculos de gratitud y de amistad. Reconozco que estoy obligado a la brevedad, pero si hallaréis que falto a ese deber desde ahora imploro vuestra benevolencia y os aseguro que al intentar una reseña de esa vida lo haré con apego estricto a la objetividad.

Ignacio Chávez nació, en 1897, en el pueblo de Zirándaro, entonces de Michoacán y hoy de Guerrero. Sus padres, don Ignacio Chávez y doña Socorro Sánchez de Chávez, merecen en justicia ser recordados y honrados, ya que sus desvelos y sus sacrificios fueron factor esencial para que su hijo llegara a ser la alta personalidad a quien la Universidad Nacional Autónoma de México otorga hoy el más preciado de sus galardones. Cursó en Morelia los estudios primarios, y desde entonces destacó entre sus compañeros por sus dotes, en magnitud excepcional de inteli-

gencia y de empeño por saber. En 1903 ingresó en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, para hacer sus estudios preparatorios. Era apenas un niño, pero ya se advertían en él las señales de los que han de llegar a ser grandes. Estudiaba sin descanso, no sólo aquello que formaba parte de un deber sino todo lo que consideraba que podía ayudarlo a cultivarse mejor. Le entusiasmaban, especialmente, la historia y la literatura. Cada año obtenía los primeros lugares y los premios más altos. Buscaba el trato de los primeros estudiantes de los años superiores y fue así como se acercó a un grupo de bohemios, idealistas en trance de romanticismo, y con ellos escribió por primera vez páginas de prosa y de verso, ejercicio que cultivó siempre discretamente, sin dejarse arrebatar por su encanto, sino buscando más bien aprovecharlo como disciplina, a la que más tarde sus lecciones orales y sus escritos debieran claridad y elegancia notables, que realzan mejor su alta calidad de maestro.

Su amor por la historia encontró ambiente propicio en aquel colegio de Hidalgo, de Morelos y de Santos Degollado, el mismo al cual dedicara su último pensamiento el grande Ocampo. Sus ojos y sus oídos, ávidos de verdad, y su espíritu, abierto a la comprensión, captaron siempre con justeza la realidad y le hicieron contemplar apasionadamente el derrumbe de las viejas mentiras convencionales, que dejaba al desnudo, entre sangre y entre fuego, las duras aristas del dolor de México; así se formó en él una actitud liberal, un criterio recto y justo y una fina sensibilidad que han sido base y norma de su conducta por toda su vida.

Terminados sus estudios preparatorios, pasó a iniciar los profesionales, pero encontró que en aquel momento el ambiente de la Escuela de Medicina de Michoacán era demasiado pobre para su justa ambición, y vino entonces a la capital de la República, a este gran corazón de la patria mexicana, donde ingresó en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional. Muy pronto el Director del plantel, el ilustre maestro don Rosendo Amor, advirtió en el joven estudiante Chávez cualidades de hombre superior, y le brindó su amistad y sus consejos. Superior, en efecto se mostró Ignacio Chávez aquí también, en el vasto mundo de su escuela nueva, donde siguió cosechando triunfos, así los académicos que se consagran en los exámenes y en las distribuciones de premios, como aquellos que se manifiestan en la discreta admiración de los compañeros, quienes le llevaron a puestos de dirección en sus organismos gremiales.

Pasan los años y se acerca el término de sus estudios profesionales. Ignacio Chávez, practicante en el Hospital General, prepara con esmero su obra maestro de estudiante, su tesis recepcional, que versa sobre un tema de la especialidad en que es hoy primero entre los primeros. En mayo de 1920 obtuvo el grado de Médico Cirujano y poco después se retiró, en busca de algún descanso y acaso también de un mejor conocimiento de la vida, a su pueblo natal, donde ejerció su profesión por algunos meses.

Pronto volvió a Morelia; un gobernante progresista solicitó su ayuda en puesto de importancia. Como rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo reveló sus aptitudes de organizador, su apego al método y a la disciplina, su amplia capacidad de comprensión. Se acercó a los estudiantes, estimuló a los profesores, realizó mejoras materiales, modificó planes y programas de estudios y en breve tiempo renovó el viejo solar nicolaíta, cuidándole amorosamente su espíritu liberal y su respeto a la verdad científica, características del más antiguo plantel del continente americano.

Sin embargo, ese eterno provinciano que es Ignacio Chávez, por cuanto guarda y venera las mejores esencias de la provincia, sintió a ésta demasiado estrecha para desarrollar plenamente su capacidad y para realizar sus ilusiones. Volvió a la metrópoli y comenzó otra vez la ardua labor del principiante. Pronto su aptitud como maestro, probada antes en las cátedras de Historia Universal en el Colegio de San Nicolás y de Clínica Propedéutica Médica en la Escuela de Medicina de Michoacán, encontró aplicación aquí en la jefatura de una clínica médica y, algunos años más tarde en una cátedra de Patología Médica. Por entonces fue designado jefe de un Pabellón en el Hospital General, donde fundó el primer servicio especializado de Cardiología. Sus méritos extraordinarios le hicieron obtener una beca que le permitió realizar el sueño de su juventud; ir a Europa, admirar sus tesoros de arte y de historia, recibir directamente las enseñanzas de los grandes maestros. Visitó las clínicas de Cardiología en Bruselas, Viena, Berlín, Praga, Roma, pero se detuvo más tiempo, naturalmente, en París en donde, otra vez, destacó pronto entre sus compañeros y llegó a ser el discípulo predilecto de Vaquez y de Laupry. Vuelto a México, aplicó inmediatamente los progresos que ha encontrado en Europa y, generosamente, impartió sin reservas todo el saber que acababa de adquirir. Importó a México entre otras cosas la radiología del aparato cardiovascular. Puso en su labor tal entusiasmo y eficiencia tanta, que logró del maestro don Genero Escalona, por aquel entonces director del Hospital General, la ampliación del servicio de Cardiología, hasta hacerlo el primero que entre nosotros contó con todas las dependencias necesarias para hacer una labor clínica integral. Al frente ya de una cátedra Clínica Médica, comienza entonces la gran época de su vida como maestro. Imparte sus lecciones a los alumnos que en la Escuela se preparan para ser médicos, y a sus discípulos, médicos jóvenes y aventajados que saben ya apreciar lo que vale el joven maestro. Comienza a formarse esa pléyade de los maestros de hoy, los Ortiz de Ramírez, los Vaqueros, los Aceves y tantos otros más que son, justamente, orgullo de la medicina mexicana y que tienen a orgullo ser discípulos del maestro Chávez.

Sus altas virtudes como maestro y como hombre, el interés limpio y auténtico que siempre tuvo por la enseñanza superior, su bien probada

capacidad de organización lo llevaron, por aclamación, a la Dirección de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, en 1933. Otros directores ilustres habían ya remozado los métodos y las directivas de la enseñanza médica en aquel plantel, pero faltaba todavía ajustar los planes de estudio a las nuevas ideas y a las realidades actuales; faltaban, sobre todo, los medios materiales para impartir debidamente la enseñanza, deficiencia que tenía su causa en la exigüidad de los recursos económicos con que contaba la escuela. Pensar en obtener tales recursos era lo mismo que soñar. El doctor Chávez soñó e hizo realidad su sueño. Recordó a todos lo que en ese año se cumplía un siglo desde que don Valentín Gómez Farías dio vida propia a la Escuela de Medicina. Su elocuencia conmovió y convenció. Obtuvo donativos cuantiosos con los que hizo nuevas aulas, un auditorio, nuevos laboratorios; adquirió instrumental y aparatos, libros y revistas y, en una palabra, llevó a cabo la renovación más importante que ha beneficiado a la Escuela de Medicina desde su fundación.

Dejó la Dirección de la Escuela de Medicina por ser fiel a los dictados de su conciencia y siguió trabajando empeñosamente en su cátedra y en su flamante servicio de Cardiología, que cada día parecía más pequeño por ser tantos los pacientes que buscaban atención y tantos los discípulos que acudían a él, deseosos de saber más. Unos años más tarde, en 1936; fue nombrado Director del Hospital General y en este puesto nuevamente dio muestras de su conciencia del deber y de la responsabilidad, de su rectitud y de su energía. Fue su obra la de un verdadero Director, que se encaró con todos los problemas que planteaba la vida de aquel gran hospital; sin arredrarse ni violentarse renovó al personal técnico procediendo con cordura y con equidad; impulsó el desarrollo de servicios indispensables, que estaban atrasados, como el de Anatomía Patológica; ayudó a crear o a mejorar los servicios especializados e hizo todo el bien que pudo al Hospital que años antes lo conoció como practicante.

Su paso por la dirección del Hospital General afirmó su convicción de que su servicio de Cardiología necesitaba transformarse totalmente para poder cumplir mejor fines. Comienza entonces la etapa más brillante de su actuación, la que da la medida justa de su capacidad. Echó a volar sus sueños; sin pararse a medir la magnitud de los obstáculos, entre los cuales estaban los de la indiferencia y de la incompreensión, se aplicó a forjar la obra máxima de su vida: el Instituto Nacional de Cardiología. No fue llano su camino ni fácil su tarea; quienes estaban obligados a ayudarle por razón de sus funciones públicas y aún por motivos personales, le negaban su auxilio o se lo escatimaban; se le culpaba de querer para México algo grande y perfecto; luchando contra muchos, ayudado tan sólo por unos cuantos, dio cima, en 1944, a esa obra que es honra para México y motivo de admiración para el extranjero. El Instituto Nacional de Cardiología de México es hoy, indiscutiblemente, el

primero en su género en todo el mundo; el que sirve de modelo para otros que aspiran a igualarlo. Plantel que reúne, en orgánica armonía, el servicio médico más eficiente para los enfermos, la enseñanza más completa para los médicos y las enfermeras, y la investigación científica más rigurosa. Su fama no se encierra ya dentro de México; alcanza a todo el mundo y ha realizado el hecho, increíble apenas hace algunos años, de que hoy vengan aquí, para perfeccionar sus estudios, médicos de toda la América y también de la venerable y siempre maestra Europa.

El maestro Chávez no ha limitado su labor docente a nuestra Universidad ni a su Instituto. Todas las sociedades médicas de México lo han escuchado como conferencista, lo mismo que buen número de universidades en América y en Europa. Ha participado en más de veinte congresos médicos; es miembro de doce sociedades científicas; fundó y presidió la Sociedad Mexicana de Cardiología y es miembro de otras trece sociedades del mismo carácter. Desde 1927 es miembro de la Academia Nacional de Medicina y la presidió en 1933 y 1934, y es miembro correspondiente o de honor de trece academias médicas; es el único mexicano miembro de la Academia Nacional de Medicina de París. El Colegio Nacional de México le cuenta entre sus miembros fundadores.

Sus altos méritos han sido copiosamente reconocidos. Es caballero y después oficial de la Legión de Honor; comendador de la orden de la Salud Pública de Francia; de la de Finlay, de Cuba; de la del Quetzal, de Guatemala; de la del Cruzeiro de Sul, de Brasil. Ha recibido la medalla del Mérito Civil, de la ciudad de México y el Premio Nacional de Ciencias "Manuel Avila Camacho". Ha sido nombrado profesor Honorario de las Universidades de Guadalajara, de Nuevo León, de Guatemala, de El Salvador, de la Facultad de Biología y de la Universidad Católica de Chile, de la Universidad de Chile, de la Universidad de Brasil en Río de Janeiro y de la Universidad de Sao Paulo. Es Rector Honoris Causa" de la Universidad de Michoacán y Doctor "Honoris Causa" de las universidades de Guadalajara, de Guatemala, de Lyon, Francia y de la de París.

Nada más justo, como veis, que el honor que hoy le confiere la Universidad Nacional Autónoma de México, la que, al hacerlo Doctor "Honoris Causa", recoge y expresa el sentir de todos aquellos que apreciamos debidamente las muchas y muy altas cualidades que hacen, del doctor Ignacio Chávez, uno de los más eminentes ciudadanos de nuestra patria.

Discurso del doctor Ignacio Chávez

Señor Rector de la Universidad
Señoras y Señores:

Al venir a esta tribuna, debo empezar por contener mis sentimientos personales y frenar mi emoción, por que me llevarían derechamente a decir

palabras efusivas de gratitud a mi amigo ejemplar el doctor Manuel Martínez Bacz, por la forma generosa con que me ha presentado ante vosotros.

Pero debo recordar que no estoy aquí para hablar a nombre propio, sino como portavoz de las seis personas que hoy recibimos el Doctorado Honoris Causa de nuestra Universidad. La mía resulta así, no una nota personal sino el eco de un sentimiento colectivo. En nombre de todos ellos vengo a expresar nuestra gratitud por la distinción académica que nos otorga el H. Consejo Universitario, lo mismo que por la generosidad que ha inspirado al grupo de hombres eminentes que acaban de trazar nuestro perfil espiritual.

Poco importa que nuestra sinceridad, no nuestra modestia, nos diga que la distinción que recibimos es superior a nuestros merecimientos. Poco importa también que la medida de nuestra propia crítica nos fije el contraste que hay entre nuestra talla y vuestra liberalidad. Esas no son sino razones para agradecer más el gesto de la mano amiga que nos alarga la presea; pero son, a la vez, un motivo de íntima inquietud en nuestras conciencias.

Es que nosotros, viejos universitarios, sabemos bien que una ceremonia de éstas no es una fórmula vacía, ni un simple ritual solemne, propio para el hallazgo de vanidades, sino que es un acto fecundo que adquiere su cabal significación en tanto vale por un juramento callado, el de trabajar más, el de servir mejor a la vieja Casa que nos honra. Por entenderlo así, podemos recibir el grado con orgullo, porque no vemos en él simplemente un honor, con serlo tan grande, ni una recompensa, con ser la más alta a que podríamos aspirar en nuestra vida académica. Lo recibimos y lo aceptamos, fundamentalmente, como una grave responsabilidad ante nosotros mismos y ante la conciencia universitaria.

Esa responsabilidad estriba, ante todo, en merecer cabalmente estas insignias; en elevar cada vez más el plano de nuestra vida; en realizar, cada día con mayor verdad las función del maestro y no sólo la del catedrático. Y nada es más difícil. Cumplir con el deber que siempre tarea dura en la vida, no por lo que tiene de penoso sino por lo difícil de definir en su alcance. Es que no es el deber frío, reglamentado, sin pasión y sin ímpetu, el que nos importa. Es el otro, en que se aúnan el mandato de la conciencia y el ansia febril de ser mejores. Ese es el deber que la Universidad nos pide cumplir, lo mismo en el recinto de sus aulas que en la gran aula de la vida, el que resume el mandato del Estagirita, de no sólo saber de las virtudes sino de poseerlas y practicarlas.

Cumplir nuestra misión en la Universidad y contribuir a que ésta cumpla la suya en favor de la nación, tal es la dura, la altísima tarea que tenemos enfrente.

Si su función fuese una, la nuestra sería clara; pero la Universidad es de esencia proteica, aula para la enseñanza, laboratorio para las ideas, claustro para la formación de caracteres. No es ni puede ser la conductora

nacional; pero es, en cambio, la conciencia de México. Con todos sus tropiezos, con todos sus avatares, la Universidad es, en el mundo moral, la conciencia alerta del país.

Por eso no aferramos a ella, sin importarnos errores, tropiezos ni avatares. Es porque creemos en ella, en su nobleza innata y en su destino. Negarla sería negar el destino mismo de México, el mañana que estamos febrilmente amasando. Y todo nos está permitido en nuestro papel de maestros, menos enseñar el escepticismo estéril, el conformismo triste; todo, menor dar muerte a la esperanza.

Señor Rector, Señores miembros del Consejo Universitario:

El honor que nos habéis conferido es de los que obligan para siempre. Estamos listos para cumplir con el deber que nos impone. Nuestro orgullo de hoy será mañana humildad, en la noble faena diaria.

En reconocimiento póstumo a quien llegara a hacer profesor emérito Director de la Facultad de Medicina y doctor *Honoris Causa* de la UNAM, el Instituto Nacional de Cardiología y el Colegio le rindieron homenaje el día 13 de julio del presente año.

El Presidente de la República, licenciado José López Portillo y el Rector de la UNAM, señor doctor Guillermo Soberón Acevedo, y muchas otras personas montaron guardia ante el féretro.

Reproducimos ahora las palabras pronunciadas por el doctor Guillermo Soberón, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el ceremonia luctuosa, por el fallecimiento del doctor don Ignacio Chávez.

Julio 13 de 1979.

Llega hoy a la paz de la tierra, donde reposan sus mayores, un varón sabio y generoso. No puedo ocultar la emoción que me produce la circunstancia de ser yo quien exprese la admiración, reconocimiento y gratitud de la Universidad Nacional Autónoma de México a uno de sus más prominentes hijos, mexicanos excepcional, maestro preclaro y amigo entrañable con quien compartí inolvidables horas. Haber disfrutado de la amistad y enseñanza del doctor Ignacio Chávez fue una experiencia humana suprema.

Pocos compatriotas, como él, se han remontado tan alto en el pensamiento y en la acción. Científico insigne, educador magno, pensador lúcido, dueño de una privilegiada pluma, hombre probo, mexicano devoto. Eso fue Ignacio Chávez y por haberlo sido la República y la Universidad le rinden el homenaje que reservan para sus mayores valores; para aquellos que, como él, se impusieron la tarea de engrandecer el horizonte.

Nuestro siglo XX se enriquece con la vida de un hombre como Ignacio Chávez. Desde sus alientos de juventud hasta el momento en que se apagó

su existencia, donde quiera que nos detengamos a examinarlo habremos de encontrar a un hombre de interminables recursos humanos entregado a la nada fácil tarea de crear. En su genial estructura humana concuerrieron: un talento extraordinario, una inteligencia sagaz y organizadora, una sólida formación científica, una amplia cultura, una férrea voluntad, un carácter indómito, un pensamiento humanista. Con todo, más que recibir dones, prodigó los suyos. No usufructuó posiciones, las erigió con su enorme capacidad; no protagonizó actitudes complacientes y mansas, fue un luchador animoso que hizo de la verdad un escudo. El se llamaba a sí mismo un hombre feliz, agradecido con la vida.

Rubén Bonifaz Nuño ha recordado que alguna vez, alguien preguntó al maestro cuáles serían sus palabras si supiera que aquel día terminaría su vida. El dijo de inmediato, dice Bonifaz, "la que debiera ser la respuesta de todo hombre que comprende en dónde estriba la dignidad de serlo: 'Es lástima. Hay tantas cosas por hacer'". Y no cabe duda que las hizo. Afortunados podemos considerarnos los mexicanos de haber contado entre nosotros con un hombre de su talla.

Muchas cosas más habría hecho él; toca ahora hacerlas a quienes nos inspiramos en su ejemplo fecundo. Su paso por la vida deja una estela de grandes realizaciones. Le caracterizó desde siempre una actitud de inconformidad ante las situaciones existentes y los valores establecidos lo que le impulsó a pugnar por los cambios que llevaran a superiores estadios y a trascender en lo social y en lo ético. Así, luchó sin desmayo contra los intereses creados, removió conciencias y sacudió voluntades para proyectar en un plan ascendente a las instituciones en las que prestó sus servicios y a cuyos intereses se entregó sin regateo: Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Jefe de Servicio y Director en el Hospital General de México; Director de este Instituto Nacional Cardiología, su gran creación; Director de la Escuela Nacional de Medicina, ahora convertida en Facultad; Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Largo sería, y en este momento innecesario, hacer un recuento de los logros alcanzados bajo su guía en los establecimientos donde imprimió su reconocido liderazgo. Por lo demás su obra ha sido glosada profusamente hace algunos años al celebrarse su jubileo profesional. Baste decir que, en pos del progreso, su imaginación no tuvo límite, ni sus empeños reposo.

Forjando las destrezas individuales y ordenando y encauzando el trabajo conjunto fue un verdadero restaurador y creador de instituciones. De aquí arranca el efecto multiplicador de su tarea, pues somos muchos los motivados para seguirle en su cruzada. Su trayectoria de educador y médico denota un perfil eminentemente académico. Como educador avanzó hasta convertirse en un gran maestro; como médico ocupó un alto sitial de la ciencia. Una obra culminaría en el rectorado de la Universidad Nacional Autónoma de México; otra en el Instituto Nacional de Cardio-

logía. Su actividad intelectual se caracterizó por el mayor rigor que, antes que a los demás, a sí mismo se imponía.

La palabra serena y cálida del maestro fue escuchada en todos los claustros académicos importantes del mundo; sus artículos, conferencias y escritos de carácter médico en más de doscientos, contribuyeron poderosamente al desarrollo de la cardiología; alcanzan las tres centenas las conferencias, discursos y trabajos de variada índole que pusieron de manifiesto al hombre universal. Fue, asimismo, autor de diez libros y monografías.

En reconocimiento a sus afanes veinte universidades del mundo le confirieron el grado de doctor Honoris Causa, quince lo designaron profesor honorario, una lo distinguió como rector Honoris Causa y setenta sociedades médicas tuvieron el privilegio de contarle entre sus miembros.

La Universidad Nacional Autónoma de México, afortunada en cuanto a recoger muchos de los prodigiosos frutos de su talento y de su energía, le hizo doctor Honoris Causa en 1953 y Profesor Emérito en 1975. Todavía resuena el aplauso interminable con que el Consejo Universitario selló una decisión que a nuestra Casa de Estudios enaltece y que fue, en cierta forma, una reparación de agravios que, en 1966, se produjeron en nuestros recintos.

La presea que recibiera le dieron justa fama personal; significaron también lustre para las instituciones en las que laboró y prestigio para México.

No venimos pues a darle, a su muerte, algo que le hayamos negado en vida. Admiración y honores le rodearon siempre. Merecidos los tenía quien hizo de curar un apostolado, porque curar de la ignorancia y de los males físicos fue su ocupación de siempre. La gran cátedra que fue su vida estuvo dominada por el amor a la juventud y al enfermo y animada por la pasión creadora.

Realizador de ilusiones, podríamos llamarlo hoy. Nunca le ganó el desgano y siempre se sobrepuso a los contratiempos. Con su vida concluye un ciclo de fecunda actividad. No habrá sido, la suya, una acción privada de sentido si, a su partida, podemos evocar sus lecciones y, en su ausencia, podemos proseguir su senda.

Quizá sea prolijo pero con certeza saludable, traer a colación trechos de sus escritos; porciones de su pensamiento que permanecerá vivo. Oigámoslo cuando, con oportunidad, denunció el auge de la especialización médica por ser fecunda en realizaciones meritorias, "pero preñada también en riesgos". Hablaba el médico.

"Vosotros, dijo una y muchas veces, no seréis buenos cardiólogos mientras no seáis hombres cultos". Hablaba el humanista.

Que el interés de la ciencia, pidió, "no pase nunca por encima del interés de la conciencia". Hablaba el moralista.

"La escuela sola no corrige nada cuando en la casa hay hambre, la

acción médica sola también fracasa cuando la ignorancia no comprende, ni acepta, ni colabora, y la mejoría económica misma, con todo y su innegable importancia, tampoco basta a corregir los daños que amasan juntas la ignorancia y la insalubridad". Hablaba el visionario.

"La acción de la mujer, sobre todo de la mujer universitaria que llega a los puestos de mando, puede cambiar el rumbo de la vida social". Hablaba el sociólogo.

"Somos un país joven en la cultura occidental, pero viejo de milenios, por eso, el amor de la cultura y el de la tradición, propios de un pueblo antiguo, junto con la audacia, a veces irreflexiva, de las razas jóvenes". Hablaba el mexicano.

"El romántico que hay en mí y que sigue emboscado, procurando que no lo reconozcan, ha debido vivir en un esfuerzo prolongado de acción, que se crispa contra la dura realidad y que quiere domarla". Hablaba el hombre.

"Hoy más que ayer —dijo en otra ocasión— importa a la juventud prepararse para lo que será la batalla de su vida. Los años se han vuelto cortos frente a las disciplinas que son cada día más largas". Hablaba el maestro.

"Viviremos también una vida libre. Libre el pensamiento y libre la discusión científica. Como exposición final de esa filosofía, libre la cátedra". Hablaba el rector.

Así se dirigió a los jóvenes, a sus colegas médicos, a las mujeres y a otros maestros, a los extranjeros y a los mexicanos.

La obra del pensamiento, o mejor, el pensamiento hecho obra, es en esta hora, el mayor monumento a su memoria. Lo recordarán aquellos a quienes formó en la ardua disciplina de la cardiología y que con su práctica beneficiaron a quien padece, en todas las latitudes; estará presente, aunque lo desconozcan ellos mismos, con aquellos que en el lecho de enfermo reciben la atención de un cuerpo capacitado como pocas; volveremos a él quienes, en la Universidad, alentamos preocupaciones análogas a las suyas.

No puedo dissociar el recuerdo de mi maestro y amigo, del recuerdo del rector que abrió nuevos cauces a la acción de los universitarios. Innobles precedentes nos privaron, hace trece años, de un rector magnífico como él; no truncaron, empero, la obra emprendida. Y no la truncaron porque, hay que reconocerlo plenamente, el rector Chávez fue un inspirador de empresas y empeños, no un dictador de criterios impuestos.

Planificar la enseñanza, auspiciar la capacidad del maestro, alentar la responsabilidad de todos los universitarios, fomentar las tareas y compromisos institucionales de los egresados, en suma, dar cuerpo a la idea de comunidad, fortalecerla, son esencia de su paso por la Universidad Nacional. En ella vació mucho de lo mejor de su vida; de ella recogió también inspiración.

El maestro Chávez dejó raíces y dejó frutos. Dejó, tras de sí, una hermosa tradición de reciedumbre. Dejó, para quienes le tuvimos cerca, la huella del cariño. Hay tristeza, ¡cómo evitarla!, en esta despedida; pero también hay satisfacción por ver pasar una vida que esplendió. Digamos de él, como en viejos tiempos de un ilustre rector de Navarra, que la única ventaja que nos concede su muerte es la libertad de alabarle sin ofenderle.

“POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU”

En lo personal cuantos momentos gratos tendremos que recordar de la memoria del universitario inolvidable cuya muerte cubrió con un manto negro de profundo luto a los corazones de los auténticos universitarios.

Nos viene a la memoria la reunión de los destacados catedráticos de la Facultad de Derecho, excluyendo al que esta nota escribe, que tuvimos con el entonces Rector Chávez, con motivo del movimiento que obstaculizaba la toma de posesión del en aquel tiempo, designado Director de la Facultad de Derecho, licenciado César Sepúlveda. En la reunión estuvieron presentes incluso los otros candidatos integrantes de la terna: licenciado Ignacio Burgoa Orihuela y licenciado Jorge Sánchez Cordero.

Manifestamos al doctor Chávez nuestra preocupación por la suspensión de labores, por grupúsculos que tenían paralizada a nuestra querida Facultad con sus millares de alumnos y centenar de profesores.

Enterado el doctor Chávez de la situación, autorizó a los maestros a que impartiésemos las clases en los lugares en que fuera posible, sin deterioro del orden y la paz universitaria.

Hermosa lección de legalidad y de alto sentido universitario, que se bautizó con el nombre desde entonces célebre de la “la marcha de los profesores”, quienes convencieron a los equivocados estudiantes para deponer su pernicioso actitud y que las clases se impartieran de manera regular en esta Casa de Estudios.

También en forma vívida nos viene el placentero recuerdo de cuando el Rector Chávez felicitó a la directiva por la tarea desempeñada al frente de la recién formada Asociación de Profesores de Tiempo Completo de la UNAM, que ayudamos a fundar, sin obtener canogías personales y continuando ininterrumpidamente las tareas que la UNAM nos había asignado como profesores e investigadores.

Otra vivencia inborrable es la de su discurso pronunciado al entregar las togas y birretes a los doctores en Derecho, en el que de manera brillante luego de resaltar la función social de jurista y del docente en materia jurídica, mostró una vez más (amén de sus dotes excepcionales de médico, especialista cardiólogo, y gran científico) su recia personalidad en la que conjugaba la enorme dimensión de un profundo humanista, que motivó que el Congreso de la Unión le concediera la Medalla Belisario

Domínguez misma que le fue impuesta personalmente por el Presidente de la República, licenciado José López Portillo.

Sin duda el doctor Chávez un ser de dimensión enorme, un visionario, un realizador y en nuestro campo, *el universitario por excelencia*.

Para nosotros el doctor Chávez no murió el 12 de junio de 1979, simplemente dejó una estela de su paso físico, de su actuar perceptible externamente, pero, su memoria es imperecedera.

¡Ignacio Chávez el universitario por excelencia vive entre nosotros!

Doctor Fernando FLORES GARCÍA.